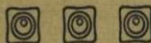


ni ternura en el instante después de haber poseído, para esos no se ha escrito mi cuento.

Para vosotros, hombres y mujeres que os habéis sentido amantes; mujeres y hombres que os lo creéis aún, para vosotros va la amorosa historia de un fiel amador.

Oidla...



CAPITULO PRIMERO

DE CÓMO SE AMABAN, ESTANDO JUNTOS, MARÍA
ANTONIA Y JOAQUÍN

I

EL Cantábrico mugía imponente. La cólera de aquel mar es muy vengativa, y los pescadores, temerosos, no se atrevían á confiarse en sus estrechas barcas. Ocho días duraba ya el temporal, y aunque la pesca es el único recurso de los habitantes de aquella comarca, nadie pensaba en la temeraria aventura. Además, era inútil intentarla, porque si los hombres permanecían ociosos en la orilla, los peces huían á enormes profundidades, y las redadas resultarían estériles. Era el peligro, pero no sería nunca la ganancia.

Los pescadores juraban, desatándose en improperios contra el mar, que les negaba caprichosamente los medios de ganarse la vida, pero juraban y maldecían desde tierra.

Dos traineras se habían lanzado: ninguna volvió... Quizá estarían refugiadas en algún puerto. Quizá encontrasen ya el refugio eterno...

Y pensándolo, comentando probabilidades, los hombres volvían á maldecir...

II

A la puerta de una casa modestísima, aprovechando los últimos rayos de un sol pálido y excesivamente enrojecido, ese contraste del sol de las tormentas que, pareciendo abrasado, da una luz cárdena y fría, María Antonia repasaba las redes.

Al otro lado de la puerta, sentado en un banco de piedra que tenía por respaldo la pared de la casa, estaba el señor Blas, con la apagada pipa entre los labios.

Padre é hija. En las facciones correctas, en la línea juvenil y tersa de la arrogante muchacha, se marcaban poderosamente los mismos rasgos fisonómicos del viejo; pero cumpliéndose una vez más la inflexible ley de predominio que la belleza ejerce sobre la razón, era ella, la muchacha, quien llevaba el sello de la raza, y todos decían, sin parar mientes en el absurdo: ¿sabe usted que el padre se le parece mucho...?

Es el mismo razonamiento, la misma lógica de los que dicen mirando un boceto: ¡ah!, esto es de tal cuadro...

Y es al revés: el cuadro es del boceto, la obra es de la idea y la hija es del padre; pero no hay quien sepa sustraerse á la persuasión de que lo más perfecto, lo más definitivamente acabado, no sea lo primordial.

Ella repasaba las redes; él miraba, absorto y pensativo, las olas bramadoras.

—¿Qué hora será, padre...?

El viejo miró la altura del sol.

—Las cuatro, hija.

—¡No puede ser!

—¿No puede ser...? ¿Crearás tú que el sol va á mentirnos ó que yo voy á engañarme?

María Antonia quedó callada por no contradecirle, pero en el fondo de su pensamiento tenía la seguridad del error. El sol estaría donde estuviese y el señor Blas no fallaría en sus cálculos; pero las cuatro no eran, porque á las cuatro vendría Joaquiniño...

Y absolutamente persuadida de la fuerza irrefragable de su argumento, se sonrió levemente, mirando compasiva á su padre y al sol, que de tal modo se equivocaban hoy al marcar las horas en su inmutable horario...

Sin embargo, por esta vez anduvieron acordes el sistema solar, la experiencia y el amor. A lo lejos, siguiendo el borde del muelle, apareció Joaquín.

—Padre... ¡viene Quiniño...!

—Déjalo que venga; ya pasará.

—Es que hoy no va á pasar, padre... Quiere hablarte.

—¿De qué...?

—De eso...

—¿De qué, mujer...?

Y como no tuviera contestación más clara, interrogó con los ojos á María Antonia; pero los ojos de ella buscaban persistentemente el suelo.

—¿De qué mujer...?—insistió el viejo.

—De eso... padre.

Y se puso encarnada, como cereza madura.

El padre se dió por enterado; Joaquiniño venía á hablar de eso que hace poner coloradas á las mujeres.

Y gruñó un poco, pero no dijo nada. Ya recordaba lo que era eso...

III

—Buenas tardes, hombre...

—Buenas, señor Blas y la compañía...

La compañía, que era solamente María Antonia, no debió enterarse del saludo, puesto que no contestó; quizá no le viera llegar... Verdad que en aquel momento un endiablado nudo de la red requería su atención con tal firmeza, que ya podían pasar carros y carretas por el sendero de la playa, que la mozueta no levantaba la vista. ¡Sí, sí: para que se enredase más aquel nudo condenado...!

—Cúbrete, nombre...

—Es comodidad...

—Que el Nordeste sopla muy duro...

—No le hace. ¡Somos conocidos el Nordeste y yo!...

Y el mocetón soltó una carcajada ruidosa, como si aquella amistad del viento y del hombre tuviera muchísima gracia.

El viejo se rió también. No era una ocurrencia muy chistosa, y él ya se la había oído á todos los del pueblo; pero cuando se está en buena armonía con un amigo, y el amigo se ríe, parece desaire no celebrar lo dicho.

María Antonia reía de buena gana. Conformes en que por el mundo se decían cosas mejores, pero del modo que las decía Joaquiniño, no...

Y sin mirarle, porque el pícaro nudo se enredaba cada vez más, seguía afanosa el principio de la conversación, aguardando el instante en que abordara su verdadero objeto. ¿Cómo empezaría...?

—¿No te sientas un rato, hombre?

—Si no estorbo...

—¿Quieres cargar una pipa?

—No, señor; muchas gracias.

—Pues yo sí.

—¡Hacé usted muy bien...!

—¿Y por qué hago muy bien, tú...?

—Siendo el gusto...

—Cada uno debe hacer su gusto, ¿eh...?

—Sí, señor. De eso quería hablarle á usted, si no hay incomodo por lo presente.

—¿De qué...?

—De eso...

El viejo acabó cachazudamente de atascar su pipa. Dió una chupada enorme, y recreándose en la espesa nube de humo, entre azulada y negra, que le envolvía como un nimbo...

—¿Conque de eso, eh...?

—Sí, señor.

—¿Sabrás con quién hablas...?

—¡Ay!, sí, señor. Con usted.

—Bueno, pues habla entonces, que la palabra no se le niega á nadie.

María Antonia se puso de pie; el busto, arrogante y flexible, cimbreóse al esfuerzo de recoger las pesadas redes.

—¿Te ayudo...?

—No.

—Es mucho peso, María Antonia.

—Bien puedo.

—Déjala, déjala. Si has de hablar, habla. Cada cosa á su tiempo.

Y aunque al mozo le parecía que hablar y ayudarla pudieran ser la misma cosa y el mismo tiempo, deliciosamente invertido, quedóse inmóvil. Era el padre quien hablaba, y en las aldeas, á remembranza é imagen de las eda-

des primitivas, la ancianidad es un título de respeto.

La moza, en tanto, había desaparecido en el interior de la casa, y quedaron solos los dos hombres.

En la desierta playa no se vislumbraba señal de vida. El mar, siempre bramador, escucharía indiferente.

Podían hablar. Y hablaron.

IV

—A mi parecer, señor Blas, se me figura que lo mejor será ir derecho al asunto.

—Mientras no andes un rato, no te puedo decir si andas derecho...

—Bueno, pues usted lo verá pronto. María Antonia y yo nos queremos.

—¿Os lo habéis dicho...?

—Sí, señor.

—Bien, Joaquín. Pero eso no es quererse todavía; no es más que decirselo.

—Por algo se ha de empezar...

—Así es. ¿Qué más...?

—Ella se merece el trono de un rey...

—Posible... pero no continúes por ese rumbo, que si á mereceres vamos, tú no podrás satisfacerlos.

—¡Verdad, señor Blas...! Yo no tengo más que el día y la noche.

—Y aun eso no es tuyo.

—Verdad que ni eso. Con todos he de repartirlo...

—No vamos derechos, Joaquín...

—Aguarde usted á ver, señor... En la feria

de la Santa Margarita, ¿habló usted de la María Antonia...?

—Puede que hablara...

—Y dijo usted que ella se casará con quien la enamore, siempre que traiga, por lo menos, una casa donde refugiarse y una barca en donde buscarse el pan.

—Quien te lo dijo, dijo bien.

—Yo no tengo casa...

—Malo, hijo...

—Yo no tengo barca...

—Malo, hijo, malo...

—Yo no tengo más que el día y la noche, repartidos entre todos, señor Blas...

—Entonces comprenderás que en la feria de la Santa Margarita no hablé de ti.

—Lo comprendo. Pero aún queda algo por tratar. Si Dios ó el diablo no han querido que tuviese bienes de fortuna, otros bienes me ha dado Dios.

—O el diablo...

—El que fuere... Tengo voluntad, y tengo firmeza, y tengo ley al trabajo.

—Algo es, hombre.

—¿La chica va para los diez y ocho...?

—En Abril irá. Ponle los diez y ocho, pues.

—Yo, veintiuno. Con que yo tenga veintitrés y ella veinte, no pone ni quita nada al cuento, señor Blas.

—Es un decir que tengáis esas fechas...; pero el cuento se puede contar igual.

—Y esto es lo que vengo á proponer á usted. ¿Quiere usted que de aquí á dos años, á esta misma hora, tal día como hoy, sigamos hablando...?

—¿Y en el entretanto...?

—Palabra de hombre, que nó admitirá esta conversación de hombre nacido.

—Mucho pides, rapaz...

—Dicen que, por el mundo adelante, el que se juega la vida puede ganarse la vida muy pronto.

—¿Y tú quieres...?

—¡Jugármela de una vez! La casa y la barca no valen nada, pero valen mucho. A buscarlas voy, si usted me da esa palabra de hombre que le pido.

—¿Y después?

—Pasados los dos años, es usted libre.

—Libre soy ahora, Joaquín.

—Pero ahora tendría usted que luchar con los juramentos de María Antonia y míos.

—No hablemos del caso, que el caso nó ha llegado. Si la María Antonia quiere, yo quiero. Eres honrado y eres firme. Mi palabra te doy.

—Y yo la mía. Si vuelvo con lo que busco, y ella nó ha cambiado de pensar, la María Antonia es para mí; si no encuentro nada que lo valga, mi palabra es que nó vuelvo. ¿Hace...?

—Hace.

—Y permita Dios que, si falto y vuelvo, con sarna vuelva.

—Tú lo dices. ¡Así sea!

—Y si usted es el que falta y me lo niega, ó antes trata de ella con hombre nacido, permita Dios...

—No jures. Que libre te doy la promesa, y nadie me obliga á ella.

—Bien hablado está con usted, señor Blas. ¿Me da usted licencia para que lo platique con la María Antonia?

—Licencia tienes, Joaquinillo.

Y la voz del viejo, reposada y fuerte y serena, se alzó vibrante y sonora:

—¡María Antonia! ¡María Antonia...!

Asomóse la moza apresurada.

—Joaquín ha de hablarte, hija. Licencia le dí para que te hable.

—¿Ahora ha de ser eso, señor padre?

—El dirá.

—Ahora, si tú quieres...—dijo el mozo.

—Que ahora sea—mandó el viejo.

—Habla ahora, pues...—respondió la moza.

Y el viejo, sacudiendo la ceniza de su pipa y volviéndola á llenar pausadamente, añadió:

—Sopla duro el Nordeste; pero el viento es amigo de Joaquinillo... El mar está duro y bravo; pero el mar te conoce desde pequeña, María Antonia... Marchad un poco por la playa. Basta con que os oigan la mar y el viento...

Podían marchar ya. Y marcharon...

V

Cruzando la desierta playa iban los dos. La arena, que hace el caminar fatigoso y lento, marcaba distintas y claras las huellas. Si alguien quisiera seguirles, señal segura tenía. Y ellos mismos, al tornar sobre sus pasos, miraban, risueños, las marcas tan profundas y tan unidas.

No era más que un momento lo que se alejaban, y ya sentían complacencia y regocijo al encontrar de nuevo sus propias huellas.

¡Cuántos así, como ellos, se estremecen de alegría y de inefable contento al hallar alguien ó algo que, en las infinitas vueltas de cada vida, conserva el rastro de lo que un tiempo fuimos...!

En la movible arena, en roca firme, en una amistad ó en un amor..., ¿quién no habrá sentido la dulzura de revivir lo pasado...? ¿Quién tan desdichado... que no supo gozar el supremo deleite de borrar en un día ó en una hora todas las horas y todos los días que pasaron desde un instante venturoso, y vivir otra vez aquella hora, despertada al conjuro mágico de un sitio que se vuelve á ver, de una voz que se vuelve á oír ó de una carta que se lee de nuevo...?

¡Malaventurados los que no saben disfrutar del sublime encanto, de la honda sacudida que hace vibrar un alma cuando, de improviso y truncando la monótona existencia, se presenta ante nuestros ojos la forma viviente de un recuerdo...!

Cuentan de un hombre, uno de esos sabios rebuscadores de antigüedades, que, practicando excavaciones en los sepulcros de Menfis, al descubrir una nueva galería, tapiada hace treinta siglos y enterrada después en la movediza tierra de los desiertos africanos, se volvió loco de espanto al encontrar, indeleble y perfectamente conservada en el polvo, la huella de un ser viviente... ¡Del último, quizá, que atravesó aquellos subterráneos para depositar un cadáver más...!

Cuentan de un hombre que, arreglando, fría y decididamente, todos sus asuntos y poniendo en orden sus papeles, con la pistola al alcance de la mano para terminar una existencia miserable y dolorosa, se desmayó de pena y de congoja al encontrar un cuaderno de papel rayado, con palotes y letras inseguras..., el cuaderno que llevó á la escuela de chiquillo.

.....

VI

Caminaban silenciosos, cogidos de las manos... De pronto se detuvieron.

—¿Por qué no me hablas, Joaquiniño...?

—Te hablaré. Oyeme... Al padre le dije mis pensamientos.

—¿Y padre...?

—Conformes y á una hemos quedado.

La moza rebrincó de contento, y echándose amorosa, en los brazos de Joaquín, no sabía sino decirle:

—¿Sí, Joaquiniño, sí...? ¿De veras que sí..., Joaquiniño...?

El mozo, primero la estrechó fuertemente contra su pecho en uno de esos abrazos intensos y ansiosos en que se busca el alma á través del cuerpo; después la rechazó suavemente.

—No, María Antoñina, no...

—¿Que no...? Y entonces, ¿cómo quedasteis á una?

—Fué en el separarnos.

—¿Separarnos, Joaquín...?

Y, como si la palabra solamente llevara en sí el temeroso poder de alejarlos, María Antonia retrocedió espantada, queriendo buscar en la distancia material la explicación de aquella idea inconcebible.

Los ojos desmesuradamente abiertos; la mirada fija é interrogadora; la respiración rápida y anhelante... Así permaneció inmóvil María Antonia.

Pálido, sonriente, con la sonrisa de los desesperados, contraída la boca, que en el centro de los labios simulaba reír y en los bordes, caídos y plegados como en prematura arruga de vejez,

acusaba dolor y sufrimiento. Así estaba Joaquín, inmóvil y callado.

—¿Separarnos, Joaquiniño...? ¿Y cómo podrá ser...?

—Padre quiere una casa y una barca. ¡No las tengo! A buscarlas voy...

—Aquí podrás ganarlas.

—Sí. Trabajando muchos años y con suerte, al final podría tenerlas. Pero no se trata del final, sino del principio; la barca y la casa no me importan... ¡es que sin ellas no te alcanzo á ti...!

—Yo esperaré gustosa lo que sea menester.

—¡Yo no!

—¿Eres ambicioso...?

—De ti. Te quiero, María Antonia, con el querer de mi vida; pero no es tu amor únicamente lo que busco.

—¿Qué buscas más?

—A ti, á ti misma y todo lo que hay en ti. Tu alma, para acogerme voluntaria, y tu cuerpo, para cogerlo yo amoroso.

—¡Joaquín...!

—No puedo decirle al tiempo: ¡tú y yo aguardaremos por ella...! Que el tiempo, gastando tu hermosura, se burlará de nosotros. Joven y guapa te quise; tengo derecho á que vengas á mí con juventud. ¡No podemos esperar...!

Y tenía razón. El divino rubor que encendiera las mejillas, el respirar fatigoso que levantaba acompasado é inquieto el turgente pecho de María Antonia, hablaban de juventud, y sería torpeza irreparable permitir que la juventud se marchitara sin rendirle al amor su inmortal tributo.

La voz del mozo volvió á alzarse firme y decidida:

—Debo marchar. Pasaré dos años trabajando donde el peligro sea mayor y la ganancia más grande. En cuanto reúna lo preciso, volveré. ¡Te lo juro...!

Y como si no bastara á su promesa solemne y leal la presencia de María Antonia, el mozo levantó los ojos al entoldado cielo, invocando por testigo al invisible Creador de la creación entera.

—¿Volverás...?

—¡Lo juro! Padre me dió su palabra de no torcer tu inclinación en esos dos años que le he pedido.

—¡Es que moriré de pena si no vuelves...!

El mozo se estremeció de irremediable angustia al escuchar aquella evocación al pavoroso fantasma de la muerte, pero sonrióse complacido. Morir de amor no es morir, es amar. ¡Era mozo y creía...!

¿Quién á los veinte años no habrá pensado que debe ser muy hermoso morir de amor...? Después, cuando la experiencia nos hace incrédulos, cuando encontramos por el mundo adelante á aquella que debió morir... y no murió, aún renace del olvido y de la indiferencia misma una mirada de afecto, No ha muerto, pero un día creyó que pudo morir... Por la buena fe de aquel día merece hoy la bondad de una mirada.....

La que pasa es una mujer ajada; el que pasa es un hombre caduco ya... ¿qué importa...? Creyeron que se amaban, y eso basta para la rápida impresión de amor.

¡En todo, creer es más que ser...!

—¿Volverás...?

—Volveré si encuentro lo que me exigen: si no, mi promesa es no volver.

—¿Es decir, que hoy, ahora, este minuto, puede ser el último en que nos veamos?

—Dios no lo querrá; pero puede ser...

—¡Moriré, Joaquiniño...!

Y el grito de la moza debió llegar tan adentro y sonar tan hondo en las entrañas, debió creer tanto en la verdad de aquel acento desesperado, que el hombre mismo se impregnó de dolor, y faltándole la palabra consoladora, por todo consuelo abrió los brazos; y cuando la moza, en el irresistible impulso, llegó á ellos, los brazos volvieron á cerrarse, potentes y acariciadores...

Y como la arena es movediza, en ella se afianzaron mal, y sobre ella cayeron...

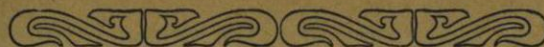
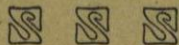
La noche había caído también...

La obscuridad y el silencio y el amor les envolvieron en su adorable manto...

Arena movediza, arena dócil, que tan pronto marcas las huellas y tan pronto cedes para moldear los cuerpos que te oprimen, ¿por qué fuiste aquella noche falsa y traidora contigo misma...?

Arena traidora y falsa... si cayeron dos cuerpos, ¿por qué en ti no se ha marcado más que la huella de uno solo...?

.....



CAPITULO II

DE CÓMO SE AMABAN, SEPARADOS, MARÍA ANTONIA
Y JOAQUÍN

HABÍA pasado un año. Huyendo de aquellos lugares adonde la emigración se dirige en grandes masas y en donde, por consecuencia, la vida se hace casi tan difícil como en el punto mismo que se abandona por miseria, Joaquín se embarcara en un transatlántico inglés, y como oveja de aquel rebaño que infecta los sollados de los grandes buques, hacinado y miserable, pero animoso y resuelto, encontróse una mañana con otros dos compañeros de infortunio que escucharon sus atrevidos consejos, en la bahía de Anckland, en la Nueva Zelanda.

Aquello no era aún su destino. Con el escaso vocabulario de palabras inglesas, aprendidas en los diversos vapores, le bastaba para hacerse entender, y, apenas orientados, emprendieron nuevo rumbo en busca de los famosos bosques de *Kauris*, los gigantescos pinos cuya madera es tan codiciada en Europa.

Para persuadir á sus compañeros de que le siguiesen en la temeraria empresa, á luchar contra los hombres, el clima, la diferencia de idioma y el penoso trabajo, había exagerado su propia seguridad. Oyéndole, parecía que los bos-

ques vírgenes le guardaban ansiosos su virginitad...

El sobrecargo del *Novara*, el navío en que hizo su última travesía, en una de esas conversaciones soñadoras de los emigrantes y burlonas de los marinos, le había comprado el primer cargamento de kauris, puestos en el muelle.

Joaquín se lo había vendido.

—Del 15 al 20 de Septiembre estaré en el puerto...

—Del 8 al 10 estarán los pinos en el muelle.

—Y lo dicho. Una libra más barato que en el mercado, y lo compro.

Y los dos se rieron; pero el sobrecargo se reía burlón y Joaquín reía de gozo. Allá adentro, donde las ilusiones viven y crecen, había nacido una esperanza...

Le faltaba la madera, los pinos vendidos, pero ya tenía comprador...

Y así desembarcó. Y así emprendieron los amigos la penosa marcha en busca del trabajo y de la fortuna. De día caminaban; de noche, los blandos mullidos helechos, tan abundantes en aquella región y tan espesos, que pueden servir de cómodo descanso y de blanda cama...

A los quince días estaban en la montaña abrupta, en la provincia de Nelson, entre los bosques seculares, y desde allí la marcha se hizo más penosa aún; era preciso abrirse paso con el machete y no apartarse nunca de la cresta del monte, pues apenas se descende un poco, la vegetación es tan enmarañada y tan tupida que se encuentra el caminante envuelto en densas sombras, como si de repente se nublara el día y reinase la obscura noche.

Pero en cambio de estas dificultades materia-

les, podía avanzarse sin temor alguno á malos encuentros. El hombre *pakelia* ó *maort* no es agresivo, y los animales no son temibles, pues sólo se conocen diversas clases de pájaros, y algunos raros, rarísimos avestruces, que huyen al ruido insólito de las voces humanas.

En aquel año de estancia lograron la amistad de unos indígenas, y juntos emprendieron la tala de pinos, que llevaban al borde de un barranco, despeñándolos desde allí, y luego, aprovechando el cauce natural del río, los conducían hasta poblado vendiéndolos á buen precio.

Era una labor enorme, de fatiga y de riesgos; pero la ganancia respondía al esfuerzo, y el cinturón de cuero, henchido ya de relucientes libras esterlinas, les animaba continuamente. Trabajaban desde que el alba pintaba las blancas nubes, comían con sana frugalidad, al tiempo que descansaban, y otra vez, alegres y ufanos, volvían á la áspera tarea con el pensamiento fijo en la patria lejana y en el rincón adorado, donde el cielo era más dulce y el amor prometía más venturas.

Un año había pasado. Quedaban aún diez meses para redondear la pequeña fortuna que se prometían reunir, con la absoluta seguridad de lograrla, y por aquellos días preparaban una nueva expedición, intentada con el concurso de más gente, y de la que esperaban pingües é inmediatos beneficios.

Aquella mañana era de más gozo y de más doradas ilusiones. El correo, traído por un indígena, les aportara á todos buenas nuevas del suspirado hogar, y con la visión resplandeciente de los seres queridos, disfrutaban ya por anticipado de las futuras dichas que el porvenir les reservaba.

Cuando la hora del breve reposo volvió á reunirlos un momento, su primer recreo fué el de leer las cartas de nuevo, y después, con cariñosos y apasionados comentarios, ir descifrando noticias y palabras. Cada línea decía una cosa, pero además quería decir... y en este campo abierto de las intenciones se desbordaban los deseos y los afanes de cada cual.

—¿Qué te escriben, Quino?

—Que me quieren, que me aguardan... ¿Y á ti, Pascual?

—Lo mismo. Que aguardan, que no olvidan...

—¿Y á ti, Melchor?

—Que aguardan también, pero que el tiempo se hace largo.

—Eso no tiene arreglo. Hay que trabajar de firme y no pensar en volver hasta que la fortuna esté hecha. ¡Con menos de cinco mil duros en oro yo no vuelvo!

—¡Ni yo!

—Yo sí.

—Tonto serás, Joaquín.

—No. Es mi palabra que ha quedado allá abajo, y á recogerla he de ir.

—Bien dices. Tú tienes que marchar... En mi carta hay algo que te cumple, Quino.

—¿Que me cumple, Pascual? ¿De mí te hablan?

—De ti, de la María Antonia...

—¿Se habrá cansado esa de esperar...?—preguntó Melchor.

—¡No lo digas...!

Y para que no lo dijera, poniéndose en pie de un salto, agarró febril la afilada hacha...

—¡Es un suponer, hombre!

—¡Pues no lo supongas!

Pascual intervino, conciliador.

—Lo contrario me avisan.

—¿Y cuál es la contra...? ¡Habla, hombre!

—Que te quieren más que nunca, que la mi Josefa habló con la tu María Antonia, que le dió contento verla tan amorosa, pero que le dió pena mirarla tan desmejorada, como si el mal de amor la consumiese...

—¿Eso dice...? ¿Dice eso de veras...?

—Míralo tú...

Y Joaquín cogió la carta como antes cogiera el hacha, sólo que no era un arma contra otro, sino como puñal que contra el mismo Joaquín iba á clavarse...

El bronceado rostro había palidecido; las manos, temblorosas, sacudían nerviosamente el pliego de papel...

—Siempre son malas las noticias de mujeres, Pascual.

—Peor es no recibirlas, Melchor.

—Con ellas todo es peor. Queriendo, dan ansias; no queriendo, dan angustias. Cierto es, pero yo no sé de nada mejor que de ellas mismas.

—Ni yo.

—Pues entonces, á conformarse con lo que de ellas venga.

—Y alabado sea Dios...

Joaquín no leía ya. Inmóvil, espantado, temeroso de lo que el párrafo aquel pudiera significar de horrenda verdad y de separación eterna, en su espíritu iba formándose una suprema y enérgica decisión. Devolvió la carta á Pascual; pero en seguida, arrepentido:

—¿Me la dejas...?—suplicó.

—Si te alivia en algo, déjotela...

—Gracias.

Quedóse un rato en silencio. Respetándolo, Melchor y Pascual no hablaron tampoco.

Al fin Pascual, tocándole afectuosamente en el hombro, dijo:

—No pienses en ello. ¡Será lo que ha de ser...! Anda, vamos á trabajar.

—No.

—Es la hora.

—Para vosotros. Para mí terminaron ya. Mañana marchó.

—¿Estás loco?

—¡Mañana marchó!

Y para convencerse á sí mismo de que aquel propósito repentino era ya una determinación irrevocable y decisiva, él sólo seguía gritando: «¡Mañana, mañana...! ¡Mañana marchó!»

Los otros callaban; sin darse cuenta precisa de lo que pasaba por el alma combatida de su compañero, adivinaban con su rudo instinto de peleadores y de solitarios que algo muy profundo sufría el desgarrón del implacable destino; que alguna rama de ese árbol misterioso que se llama voluntad y energía azotaba furibundo otras ramas de otros árboles, que en el corazón tienen su copa y sus raíces...

—¡Marcharé mañana...!—repetía inconsciente, como si las mismas palabras tuvieran mayor sentido y explicación más clara únicamente por pronunciarlas muchas veces.

—Es un desatino; piénsalo...

Y el asombro de Joaquín fué tan enorme, tan confundido quedó con aquella réplica, que no supo ni rechazarla.

—Un desatino, sí. No encontrarás vapor hasprimeros del mes próximo, y por consecuencia, nada adelantas paseándote por el muelle. En

cambio pierdes tontamente las ganancias de esta expedición, ya preparada. Termínala con nosotros; el veintiséis ó veintisiete podemos despacharla, y el treinta estás libre, si persistes en marchar...

—No. ¡Mañana! Puede haber algún barco de cabotaje que me lleve á sitio de donde salga vapor para Europa, y adelanto ocho días siquiera, esos llevo de vida y de salud á María Antonia.

—¿Y renuncias á un negocio tan brillante como el que se presenta?

—Renuncio. No lo necesito. Llevo en el cinto cerca de mil duros, más de lo necesario para la barca y la casa que me exigen; el resto era ambición.

—Haz lo que te parezca. De esta corta reservaremos tu parte... ¿No es verdad, Melchor...?

—Verdad es, Pascual.

—Y te la enviaremos; que entre amigos esa es la ley.

—¡Gracias! No os abandono por flaqueza ni por odio, sino por caridad y por cariño. ¿No comprendéis bien vosotros que si esa mujer muere de amor, es el amor el que debe correr á salvarla...?

—Así es, Joaquín.

—Dímelo tú, Pascual, y tú, Melchor... ¿No sería ingrato yo dejando consumirse de pena á quien puedo yo librar de ese martirio...? Si la María Antonia me dijese de tu Josefa una desdicha igual, ¿no correrías tú á su lado...?

—¡Más razón tienes que los santos, hombre!

—Y si por quedarme aquí más tiempo y ganar más dinero llegase allá cuando no fuera tiempo de socorrerla, ¿para que me serviría ese dinero qué llevaba de más?

—No me prediques, que contigo estoy. Marcha.

—Y aun si me dijeran que enfermó de fiebres, de un mal aire, de una de esas enfermedades á que los señores médicos alcanzan y los demás no servimos, quizá lo pensara un poco, pues la distancia es tan grande, ¡tanto!, que tal vez yo mismo no arribara más que para llorarla.

—O para verla sana, ¡caray!

—O para verla sana, Melchor; pero en ningún caso llegaba para serle útil.

—Hablas como un libro...

—¿Pero diciéndome que se consume de amor? ¡Eso dice la tu Josefa, Pascual!

—Eso dice.

—¡Y de amor por mí! Siendo yo la salvación y la medicina, ¿tendría perdón de Dios si la dejase morir...?

—No lo tendrías. Esa es la fija, Joaquín.

—¿Y entonces...?

—Marcha, hombre, marcha, y cuando escribas cuéntanos la boda.

—Es que se muere de pena, ¿sabéis...?

—Sabemos.

—Y de pensarlo nada más, me moriría yo también...

—Pues marcha de una vez.

—Mañana.

Y al decir mañana se echó á llorar.

Y fué que en el alma se le metieron, de golpe y por sorpresa, las andanzas venturosas de un camino que iba de cara hacia el amor y hacia la patria...



CAPITULO III

TIERRAS Y MARES

I

WAIKATOMI, es decir, oriundo ó natural de la tierra montañesa del Waikato, se llamaba el guía. En su rostro, de negro bronceado, se veían indelebles las huellas que el tatuaje marcara como señal de su noble origen: una serie de líneas grabadas en la frente y en la mejilla izquierda. La derecha, libre de toda marca, denotaba que pertenecía á la rama sagrada de los descendientes de Ngatiroisangio, el primer hombre divino que había pisado el suelo de Nuiiteroin, lo que se llama hoy Nueva Zelanda.

Su estirpe gloriosa no le impedía ser ahora un miserable trabajador. Las guerras, en que los suyos fueron vencidos, y después la invasión inglesa, apropiándose las islas con el nombre modesto de colonias, habían quebrantado su raza y destruído su poderosa línea de guerreros y de jefes maoríes... Ahora no era más que un miserable despojo humano, ganándose el sustento mezquinamente y llevando además sobre sí la miseria de una estirpe inútil...

El y Joaquín caminaban á buen paso, aunque con las naturales precauciones por encontrarse